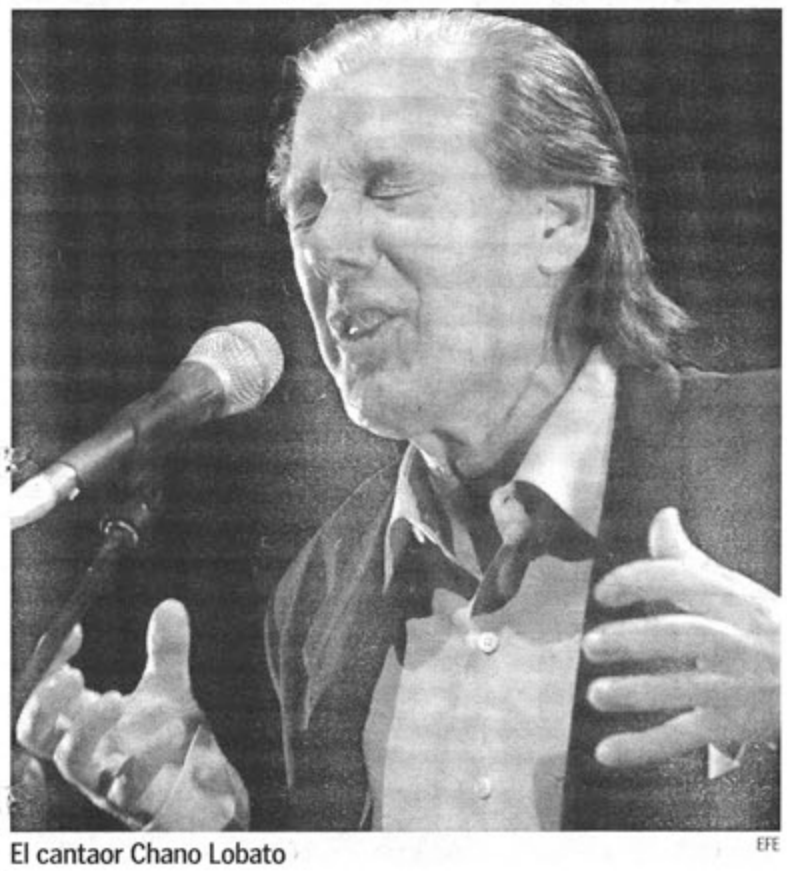
LOS «JÓVENES» FLAMENCOS DE LA FUNDACIÓN ANTARES

Los alumnos de la escuela de Esperanza Fernández recibieron siete becas en el transcurso de una gala celebrada la noche del jueves en el Lope de Vega

ALBERTO GARCÍA REYES

SEVILLA. Siete becas pone Antares sobre las tablas de la Escuela de Arte y Flamenco de Esperanza Fernández y Miguel Vargas. Siete ayudas necesarias para que este arte siga su curso sin fatigas. Fatigas triples las que han pasado Chano, Romerito y el Nano, tres pícaros de la escena, ganapanes del cante que a costa de ganárselo con dignidad se han transformado en figuras absolutas de la jondura, en una referencia para los alumnos de Esperanza que pusieron las entrañas sobre la madera del Lope de Vega. Estaban allí para celebrar la apuesta que cada año hace esta fundación por los jóvenes artistas andaluces. Y lo festejaron con el alma. Probablemente para algunos de ellos era la primera vez. Su bautizo escénico. Quizás se les notó algo amarrados en algunas partes del montaje. Pero echaron fuera una ronda de tonás, una seguiriya, unos tientos, unos tangos y unas bulerías sin meterse en líos. Eso sí, arrojaron una conclusión llamativa. De todos los pupilos elegidos por Esperanza Fernández para participar en esta gala, quienes mostraron mejor nivel fueron precisamente los extranjeros. Curioso dato. Una egipcia, una argentina y una japonesa, Neerma, Clarisa y Junko, dieron lo mejor, aparte, claro está, del arreón que le pegó al espectáculo la propia Esperanza cuando le echó mano a los tangos de Triana. Y luego vino el Bola, un chiquillo de apenas diez o doce años que se raspó una ristra de cantes por bulerías con una afinación modélica y con un concepto rítmico impropio de su estatura.

Con él debieron quedarse prendados los tres ganapanes, truhanes del gañafón que se dieron la coba de los genios. Arrancó Romerito de Jerez por soleá. Medida y al sitio. Se puso luego festivo el Nano por tangos. Justitos. Y entonces vino el tío Chano para echarle al majao toda la sal de su Cai por alegrías. Ay, Chano, quién sabe si es mejor cantaor que contaor. O viceversa. Porque sus embustes entran por bulerías. El rey del infundio, de la anécdota acompasada, escuchó la largura de Romerito por tarantos y el soniquete del Nano en la bulería por soleá. Y luego, para rematar, arrastró el flamenco al carnaval para hacer su tanguillo de Los Anticuarios, loa a la Sevilla que a diario lo abraza. Los años pasan y Chano Lobato no mengua. Bendita velocidad. Le dice Romerito: «Estás muy mayor, Chano». Y en un tris el de Santa María le rezonga: «¿Mayor yo? Si tengo media hora más que tú». El tiempo pasa y el flamenco no mengua. Dios quiera que de esas becas salga algún día un embustero tan genial. Tan cabal. Tan auténtico. Tan elemental.



El cantaor Chano Lobato EFE

Odette, el príncipe y las cortesanas en el II acto de la obra NIEVES SANZ

DANZA
Teatro de la Maestranza. Stuttgart Ballet. «El Lago de los cisnes». **Coreografía**—John Cranko. **Música**—Piotr I. Tchaikovski. **Escenografía y vestuario**— Jurgen Rose. **Intépretes**—Evan Mckie, Linda Waasdorp, Alexander Jones, Damiano Pettenella y cuerpo de baile. **Real Orquesta Sinfónica de Sevilla. Director**— James Tuggle. **Día**— 20 de diciembre de 2007

Esto sí es un cuerpo de baile

MARTA CARRASCO

Los que hemos tenido el privilegio de poder asistir a las funciones del «Lago de los cisnes» del Sttutgart Ballet que concluirán esta noche en el teatro de la Maestranza, hemos visto quizás la mejor versión de este título clásico que se ha estrenado en Sevilla en más de 25 años.

Stuttgart Ballet es una compañía con tal historia en el mundo de la danza, que nada menos fue dirigida por el gran renovador Jean-Georges Noverre. Esa herencia no ha sido desperdiciada. La llegada de John Cranko al Stuttgart colocó a este ballet en la cúspide y, sin duda, esta coreografía del «Lago» es una de las más brillantes efectuadas a partir del clásico de Petipá.

Este «Lago» tiene todos los requerimientos teatrales de un espectáculo con mayúsculas. La grandísima partitura de Tchaikovski y el cuerpo de baile que lo interpretan van a la par, y no sólo eso, que ya es mucho, sino además, acompañados de un vestuario y una escenografía romántica tal y como se hiciera en los años 60 cuando Cranko creó esta obra, con telones pintados y decorados de cartón piedra.

El elenco es magnífico. Bien de interpretación, utilizando todos los recursos del lenguaje mímico teatral más romántico, con una sincronización de escenas corales al milímetro.

Hay que destacar el estupendo cuerpo de baile cuya parte femenina luce espectacular en las famosas escenas II y IV con sus tutús de plato blancos y tocados del mismo color. Bellísima ejecución, perfección en los dificilísimos movimientos de 24 bailarinas coordinadas en pies y puntas, sin un sólo desajuste. Brillante y envidiable.

En los papeles principales, una jovencísima Linda Waasdorp (21 años), interpretando a Odile, que aunque no ejecutó los tradicionales 32 fouettés del III acto (se quedó en 23), sí lució en todas las demás variaciones, con etéreos brazos y buen equilibrio y altura en los saltos y giros, pese a no ser ayudada (más bien lo contrario), en los pasos a dos por su partenaire, el príncipe Sigfrido interpretado por Evan Mckie.

El papel de Sigfrido fue realizado por Cranko para Nureyev, por lo que es de los más lucidos del repertorio clásico masculino. Mckie, exhibió una rudeza desacostumbrada en los «portés» y deficiencias en los finales de sus giros y equilibrios. Si fue buena su interpretación en lo teatral y también se lució en la variación con las bailarinas del «pas de quatre» en el II acto, cuatro artistas de cualidades espectaculares. Una mención también para Damiano Pettenella en su papel de Rothbart, muy teatral y justo en un rol corto, pero lucido.

Con la vibrante Orquesta Sinfónica en el foso, el público aplaudió con entusiasmo. Este año entre el público más niños que otros años. Bien. Para el 2008 seguimos reclamando la matinée. La afición, por suerte, va en aumento.

Desde el Foso

JOSÉ LUIS LÓPEZ LÓPEZ

No merecía la ROSS terminar el 2007 con el mal sabor de «La Creación» de Haydn, debido a la penosa dirección de Schreier (se salvó el Coro, y poco más). Ha tenido que ser desde el foso, bajo la batuta del buen director estadounidense James Tuggle, la ocasión para reivindicarse: encabezada por el violín de Bektemirova, ha vuelto el empaste, la musicalidad, el dominio de los «tempi» y las dinámicas... Y es que a «El lago de los cisnes», con ser el ballet clásico más emblemático, le resulta imprescindible la música de Chaikovski, esplendorosa, con su enorme riqueza melódica y armónica, como una gran sinfonía. Su lirismo teñido de nostalgia, poesía y tragedia, expresa el alma eslava, desde la «Introducción» del Acto I hasta la celebre «Danza de los cisnes», tema que reaparece a lo largo de toda la obra; el encantador II «Acto blanco»; la colección de motivos danzantes populares (czarda húngara, danzas española, rusa, napolitana, mazurca) del III, cuando la presentación de las «candidatas» a princesas. Y el impresionante, terrorífico, grandioso final del Acto IV, transmutado en la irremediable melancolía que cierra la obra. El público también entendió el valor de la música, y eso se notó cuando subió a saludar el maestro Tuggle.